

JUAN CASIANO Y LA ORACIÓN²

Juan Casiano ha transmitido al Occidente lo mejor de la tradición espiritual del Oriente. Nacido hacia el 360, deseó, al terminar sus estudios, ir a la misma tierra donde vivió Jesús. Fue allí donde conoció el monacato de Palestina y donde escuchó hablar del monacato egipcio. Con su amigo Germán, visitó anacoretas y cenobitas, hizo el aprendizaje de la oración y hubiera pasado ciertamente el resto de sus años en el desierto de Egipto si la controversia origenista no lo hubiera constreñido a partir. Después de un tiempo en Constantinopla cerca de Juan Crisóstomo, funda en Marsella dos lugares de oración, dos monasterios: San Víctor y San Salvador³. Se convierte rápidamente en un referente para el ambiente provenzal de la época. Está muy cerca de los monjes de Lérins que desean hacer de su isla un nuevo desierto de Escete y que le piden que les cuente la experiencia que tuvo en Egipto. Es así como escribe sus célebres *Colaciones*, que han marcado toda la tradición espiritual ulterior, y donde recoge las palabras de vida de los Padres del desierto de Egipto y las *Instituciones cenobíticas*, donde evoca su modo de vida, lo que marcó probablemente las Reglas monásticas venideras.

La oración continua

En una y otra obra, Casiano concede un amplio espacio a la oración, que es el medio ambiente natural para el monje, pero también para todo cristiano. Fija las bases, invitando a la oración continua por la repetición de un versículo de la Escritura. Esa era la práctica de los Padres del desierto, esta rumia de la Escritura a través de la cual vivían su diálogo con Dios. El versículo que Casiano retiene no es otro que aquel que abre los oficios de la jornada, pues expresa de alguna manera todos los sentimientos del corazón humano y nos pone en relación con Dios. De ese modo Casiano hace resaltar que la oración es una *locutio ad Deum*, una conversación con Dios que trae la salvación. Poniendo en evidencia la importancia de la oración continua, Casiano se inscribe en la tradición de los Padres del desierto y de sus célebres apotegmas, aún cuando los relatos que propone con respecto a la oración, a la *discretio*, a la pureza de corazón, son mucho más largos. Al mismo tiempo, parece el precursor del hesicasmo y de la oración del corazón, ampliamente desarrollada por Simeón el Nuevo Teólogo y toda la tradición de la Iglesia de Oriente que se expresa por la oración de Jesús, de la que *Relatos de un peregrino ruso* se ha convertido en uno de los clásicos.

Pero veamos cuál es este modelo que ha de servir de instrucción, esta fórmula de oración que buscáis.

Todo monje que tiene la mente fija en el recuerdo constante de Dios, debe habituarse a meditarla constantemente, y con su ayuda, rechazar los demás pensamientos. Porque no podrá retenerla sino a trueque de inhibirse totalmente de las solicitudes y voliciones carnales. Es éste un secreto de incalculable valor. Nos lo han transmitido los contados supervivientes de los Padres de la primera edad, y sólo lo manifestamos a ese corto número de almas a quienes acucia la sed de conocerlo.

Si queréis que el pensamiento de Dios more sin cesar en vosotros, debéis proponer continuamente a vuestra mirada interior esta fórmula de devoción: *Deus in adiutorium meum intende, Domine ad adiuvandam me festina* –Ven, oh Dios en mi ayuda, apresúrate, Señor, a socorrerme– (*Sal 69,2*). No sin razón ha sido preferido este versículo entre todos los de la Escritura. Contiene en cifra todos los sentimientos que puede tener la naturaleza humana. Se

¹ Docente de Teología Patristica en la Universidad de Metz, Francia, y Directora del Equipo de investigación sobre los místicos renanos.

² Artículo publicado en *La vie spirituelle*, n° 756, enero de 2005, pp. 57-63. Tradujo la Hna. María Juan, osb, de la Abadía *Gaudium Mariae*, San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina.

³ M. A. VANNIER, *Introducción al Tratado de la Encarnación*, Ed. Du Cerf, Colección *Sagesses chrétiennes*, Paris, 1999.

adapta felizmente a todos los estados, y ayuda a mantenerse firme ante las tentaciones que nos solicitan.

En efecto, entraña la invocación hecha a Dios para sortear los peligros, la humildad de una sincera confesión, la vigilancia de un alma siempre alerta y penetrada de un temor perseverante, la consideración de nuestra fragilidad. Hace brotar asimismo la esperanza consoladora de ser atendidos y una fe ciega en la bondad divina, siempre pronta a socorrernos. Quien recurre sin cesar a su protector, adquiere la seguridad de que le asiste a todas horas. Viene a ser como la voz del amor ardiente, de la caridad acendrada; es como la exclamación del alma cuya mirada se posa medrosa sobre las asechanzas que la rodean, que tiembla frente a los enemigos que la asedian día y noche, y de quienes sabe que no puede librarse sin el auxilio de aquel a quien invoca.

(JUAN CASIANO, *Colaciones X*, 10*).

La oración de fuego

Pero Casiano no se contenta con dar los rudimentos de la oración para el monaquismo naciente en el sur de la Galia. Considera unos tiempos de oración que ritman la jornada y que se convierten en los oficios. Igualmente se fija el horizonte de la oración: la vida en Dios. Manifiesta, entonces, su experiencia evocando la oración de fuego, que es la cumbre de la oración y que hace comprender algo de Dios, partiendo de la oración por excelencia que es el Padrenuestro.

Sin duda este término de oración de fuego⁴ puede crear dificultades en la medida en que puede evocar fenómenos de orden irracional. Casiano lo sabe, pero no es a eso a lo que hace alusión cuando la evoca, tanto en la *Conferencia X* como en las *Instituciones Cenobíticas*⁵. Él remite más bien a esta experiencia única en la que la oración no es más la obra de la voluntad, sino donde es el Espíritu el que ora en nosotros. Los caminos para vivirla son diversos e imprevisibles. El Padrenuestro tiene aquí un lugar central y expresivo. Nos da verdaderamente la experiencia de nuestra adopción filial. No sólo decimos la oración que el mismo Cristo nos ha dado, sino que el Espíritu Santo nos conduce, entonces, hacia el Padre, nos hace llegar a ser hijos en el Hijo. Sin duda se trata aquí de una experiencia fugaz, excepcional, y Casiano la sitúa como tal, apoyándose en toda una tradición que desciende de Macario. Además, no la torna rígida. Si bien el Padrenuestro tiene un papel determinante, no es lo único que conduce a la oración de fuego: la salmodia, el canto en común de los oficios, las exhortaciones espirituales, la conciencia de los propios límites pueden también ser un punto de partida.

Es poco menos que imposible distinguir todas las formas de oración. A no ser, claro está, que se goce de una pureza de corazón consumada y nos ilumine la luz del Espíritu Santo (...).

A veces, al llegar el alma a este estado de verdadera pureza, y a medida que se arraiga en él, afloran al mismo tiempo en su más honda intimidad todas las formas de plegaría. Como una llama imperceptible y devoradora, va de una a otra con una velocidad asombrosa. Se desahoga en preces vivas y puras, que el mismo Espíritu Santo –sin darnos cuenta– dirige en mística exhalación a Dios con gemidos inenarrables. En este solo instante de inefable oración concibe y al propio tiempo deja desbordar de la entraña misma de su ser tantos sentimientos, que le es imposible en otro momento, no digo ya expresarlos, sino ni siquiera recordar.

Cabe también en lo posible que llegue el alma a la oración intensa y pura, cualquiera que sea el estado en que se encuentra, incluso en el primero y más humilde (...).

A estos diversos géneros de oración seguirá un estado más sublime y más excelso todavía, que consiste en la contemplación de sólo Dios. Parte del ardor de la caridad. El alma se

* Se ha utilizado la versión de las *Colaciones* publicada por Ediciones Rialp, S.A., Madrid, 1958 (N.d.T.).

⁴ Ver M. ALEXANDRE, “La prière de feu chez Jean Cassien” en *Jean Cassien entre l’Orient et l’Occident*, Paris, Beauchesne, 2003, pp. 169-203.

⁵ Ver C. STEWART, *Cassian the Monk*, Oxford, 1998, pp.116-122.

esponja y se abisma en la santa dilección, dialogando con piedad y familiaridad sumas con Dios como con su propio Padre.(...).

Una vez arribados a esta alta dignidad de hijos de Dios, sentiremos consumirnos en esa piedad y ternura que reside en el corazón de todo hijo bien nacido. Entonces, sin pensar ya más en nuestros intereses, nuestro único anhelo será la gloria de nuestro Padre, y diremos: “Santificado sea tu nombre”. Con lo cual testificamos que su gloria es todo nuestro gozo y todo nuestro afán (...).

[Esta oración del Padrenuestro] los encumbra, en efecto, hasta aquel estado supereminente del que hablábamos antes, hasta aquella oración de fuego, de pocos conocida y ejercitada, y que, hablando con propiedad, podríamos calificar de inefable. Sobrepuja todo sentimiento humano. Porque no consiste ni en sonidos de la voz, ni en movimientos de la lengua, ni en palabras articuladas. El alma, sumergida en la luz de lo alto, no se sirve ya del lenguaje humano, siempre efímero y limitado. Toda su plegaria se desenvuelve en afectos del alma. Esta oración viene a ser en ella como un hontanar inagotable de donde el afecto y la oración fluyen a raudales y se precipitan de una manera inenarrable en Dios. Dice tantas cosas en un breve instante, que no podría en modo alguno expresarlas, ni siquiera recorrerlas después en su memoria cuando vuelve sobre sí. Nuestro Señor nos muestra en sí mismo este estado de oración cuando se retira a la soledad de la montaña para orar en silencio. Y también cuando en la agonía del huerto derrama las gotas sangrientas de sudor, dándonos un ejemplo inimitable del ardor intenso que informaba su altísima oración.(...).

En ocasiones, salmodiando, un simple versículo de un salmo ha bastado para situarme en esa oración de fuego. A veces la voz melodiosa de un hermano ha despertado a las almas de su letargo y ha sido parte para encender en ellas una ardiente plegaria. Me consta, asimismo, que una salmodia imponente y grave ha excitado alguna vez el fervor, incluso en aquellos que no hacían sino escucharla pasivamente. De igual modo, las exhortaciones y conversaciones espirituales de un hombre consumado en perfección han motivado una sacudida en espíritus abatidos y han hecho brotar en ellos un venero de oración. Parejamente he comprobado que el recuerdo de mi tibieza y de mis negligencias enciende a veces en mi corazón un ardor saludable. Por eso, no cabe duda de que no faltan ocasiones innúmeras para salir de nuestra tibieza, mediante la gracia de Dios, y sacudir así la somnolencia.

(JUAN CASIANO, *Colaciones* IX, 8. 15. 18. 25. 26).

Es, pues, casi una teofanía lo que le es dado vivir. Se comprende, por tanto, por qué Casiano compara esta experiencia a la Transfiguración, que es como el centro de toda su obra.

Una experiencia de Transfiguración

En efecto, Casiano partió, así parece, de la experiencia central de la Transfiguración, como Orígenes, e invita igualmente a seguir a Cristo, a reconocer que Él es el Hijo de Dios, como lo mostrará en su *Tratado sobre la Encarnación*.

Únicamente pueden contemplar su divinidad con ojos muy puros los que, elevándose por encima de todas las obras y pensamientos bajos y terrenos, se retiran y suben con El a esta montaña elevada de la soledad (...). Y así, sublimadas con la eminencia de las virtudes, les revela la gloria y el esplendor de su rostro. Es que tienen los ojos del corazón bastante puros para contemplarle.

Cierto que Jesús se deja ver también de los que habitan en las ciudades y las aldeas; es decir, de los que están ocupados en la vida activa y en las obras de caridad. Pero en esta gloria y en esta majestad radiante, sólo se da a conocer a los que pueden subir –como Pedro, Santiago y Juan– a la montaña de las virtudes. Así es como en otro tiempo se apareció a Moisés y habló a Elías en el fondo de una soledad.

Jesucristo mismo ha querido confirmarnos esto con su ejemplo y trazarnos en su persona el modelo de una perfecta pureza.

(JUAN CASIANO, *Colaciones* X, 6).

Invita a la pureza de corazón, pero como preparación a esa realidad de otro orden que es la Transfiguración, la cual nos es concedida de la misma manera que la oración de fuego.

Si las *Colaciones* de Casiano han sido tan leídas en el curso de los años, es en razón de la sabiduría práctica que proponen, de la vida en Dios a la que inducen. Casiano no es tanto un

teórico como un hombre de experiencia, que no da un método de oración propiamente dicho, sino que relata lo que él ha recibido e invita a vivir la actualidad del Evangelio. Sin duda está marcado por Orígenes y Evagrio, pero igualmente reinterpreta su manera de considerar la oración. En esta experiencia única de la oración de fuego, alcanza las cumbres de la oración y la une con la mística, la vida en Dios, lo que nos hace pensar en san Simeón el Nuevo Teólogo, en la luz del Tabor de un Gregorio Palamas, en el *Memorial* de Pascal o en *La Llama de Amor viva* de san Juan de la Cruz⁶. Por eso es bueno releer esos textos que son verdaderas joyas de la tradición espiritual.

Île du Saulcy
B. P. 80794
F – 57012 Metz
Francia

⁶ Ver M. ALEXANDRE, *art. cit.* p. 203